

asumir que desconozca mi biografía; sino para contarle que enterado por Paco de que usted ha adaptado mi consentida *Contigo pan y cebolla*, y vuéltola una comedia musical producida, musicada, actuada, cantada y bailada por una abundante Compañía que se llama Hermanos Zavala, decidí verla; y allá me fui, a buscar ese Teatro del Bosque, tan lejano del Nacional, que ya no encontré. He sabido luego que lo derribaron en 1900 para abrir una calle llevándose de corbata mi hermoso busto que ennoblecía su vestíbulo. Y que en restitución, construyeron en treinta años el Palacio de Bellas Artes.

En el cual, ahora lo recuerdo, a los cien años de mi prematura muerte, en 1951, montaron mi *Contigo pan y cebolla*. Lo supe por dos nietas mías, que ya muy ancianitas, localizaron a la sazón en mi casa de Tacubaya; y el director, un tal Salvador Novo, las llevó a ver, desde un palco, la obra de su abuelo. De su abuelo de ellas, que soy yo. Lo aclaro, porque a lo mejor ese señor Novo es nieto de don Pedro Novo y Colson, comediógrafo español de mis tiempos. Mis nietas ya viven aquí, y ellas me contaron. Como también me contaron que fue a entrevistarlas un crítico teatral: le mostraron ediciones mías ya muy raras, y mi espadín de diplomático; y en un descuido, el tal salió volado de mi casa, sin que lo detuvieran los gritos de mis nietas. Se llevó espada y libros. Según mis noticias, ya murió; pero no está aquí.

Al grano, don Luis: he visto su adaptación de mi obra; y al cabo de casi tres horas deleitosas, salí del teatro entusiasmado, con la miel en los labios: resuelto a escribirle a usted, y a convidar a todos los concurrentes al Café Estípite, al goce de ver esa espléndida comedia musical. Me sentí como el padre de una niña ciertamente mona, pero limitada, que ahora encontraba llena de nuevos encantos: canta, baila; sueña de bulto que es sus heroínas; se embolsa al público y despierta el impulso de subir a darle un beso. Yo mismo (usted lo sabe bien) hice refundiciones, como entonces les llamábamos, de Scribe, de Calderón y de otros colegas. Pero entre usted y los Hermanos Zavala, para que vea usted cuan *in* mantengo mi léxico, se han volado la barda, se han alivianado, se han apuntado un diez. Me hacía pensar en don Lorenzo, y recuerde usted que yo, personalmente, pelee contra los yanquis durante el Vietnam del

47. Claro es que ya para entonces, don Lorenzo llevaba once años de muerto; pero él y Texas . . . En fin, volvamos a nuestra obra.

La noche que la disfruté, anunciaron que estaba entre la concurrencia don Salvador Novo. Los reflectores lo señalaron; y reconocí en él al vecino de butaca cuya sonrisa de felicidad había, toda la noche, iluminado la perfección de su evidente peluca. Uno de los Zavala lo había, entre otros elogios, señalado como el director de la misma obra en Bellas Artes, de que ya hablé. Le aplaudieron. Y lógico hubiera sido que bajara al escenario, expresara su admiración; subrayara para el público los muchos méritos de aquel esfuerzo: la agilidad, el vigor, la gracia creciente, bien dosificada, con que desde los muy originales y hermosos créditos jugados en las pantallas con las litografías de Casimiro Castro que ambientan al México de mis tiempos: con la música alegre que acompañaba en obertura a los créditos, la obra arranca, mete segunda, cambia a tercera y parte a recorrer las curvas, pendientes, vueltas, de las secuencias que la integran, sin ser nunca fatigosa ni aburrida.

Un hombre de teatro como es, o ha sido don Salvador, tiene que haber apreciado el mucho trabajo de fervoroso equipo logrado por los Hermanos Zavala; la cantidad de ensayos, pruebas, ejercicios, rectificaciones, afinaciones, que habrán sido necesarios para alcanzar esa velocidad en los cambios, de ropa o de escena; ese mecanismo de infalible reloj que funciona al centavo del primero al último cuadro.

Y habrá, sin duda, querido exponer este elogio razonado ante el público; y agradecer a usted, Luis, y a los Hermanos Zavala, tan hermoso logro.

Sino que a pesar de su fama de come-gente, don Salvador es tímido, acomplejado, remiso. Y calló, agradeció abochornado el aplauso, y se marchó, rumiando la frustración de no haber procedido como debió.

Permítame usted, don Luis, hacerlo por él: encargarle a usted, con un abrazo, de dar a todos los Zavalas el aplauso y el cariño de

*Manuel Eduardo de Gorostiza*